TATIANA GORANSKY

Los impecables

Editorial Comba

Colección Narrativa

TATIANA GORANSKY

Los impecables

PRÓLOGO DE DIEGO GÁNDARA

Editorial Comba

Imagen de la portada:
Fotografía de Mai Oltra

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Tatiana Goransky
© del prólogo: Diego Gándara
© Editorial Comba, 2016
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-944938-3-6
Depósito Legal: B-11.642-2016

Índice

Prólogo: Los frutos de la obsesión	7
Ball boy	13
Don del agua	51

A Peiretti, Cavassa y mis 22 Patitos

Prólogo

Los frutos de la obsesión

La perfección, como la santidad, es un horizonte remoto que, no por utópico, es menos irrenunciable para quien cifra allí su meta. Puro deseo inalcanzable que en su continua procrastinación se transforma en sendero. Un camino tortuoso entre los barrancos del error, las amenazas nocturnas de la falta, los accidentes del defecto o el traspié del equívoco. De allí que para transitarlo sea menester, más que cualidades, virtudes o talentos excepcionales, una férrea voluntad y, sobre todo, disciplina. Lo que comúnmente se llama perseverancia, pero que en un grado superlativo de efectividad no es más que una simple y llana neurosis obsesiva.

De este obsesivo camino a la perfección —puede que hasta de alguna perversa forma de santidad— trata, querido lector, el libro que tienes entre manos. Neuróticos son, en efecto, sus protagonistas. O quizá, ya de plano, psicóticos. Pero en todo caso ese diagnóstico correría por cuenta de un profesional en la materia.

Manuel y Buzo, "los impecables" que refiere el título. Todo un acierto, casi tan grande como la reunión en un solo volumen de dos obras de ficción de naturaleza muy diversa u opuesta, si se quiere. Al menos en lo que hace a su temática, planteo formal y desarrollo estilístico. Dos ficciones autónomas que a primera vista no parecen tener nada en común, y sin embargo lo tienen y mucho.

Ball boy. Tragedia en polvo de ladrillo (2013) es un relato largo o *nouvelle* hiperrealista, de ritmo sincopado y etilo seco, que descarga una historia concentrada a la velocidad con la que viaja una pelota a un lado y otro de la pista de tenis. La historia de Manuel, una suerte de negativo fotográfico del *Bartleby el escribiente* de Melville, que prefiere hacerlo mejor, siempre mejor, y por eso sustituye la competición deportiva por el tardío oficio de recogepelotas, porque ese humilde arte sí le permitiría acaso alcanzar la perfección. Una historia que, conviene decirlo, su autora, Tatiana Goransky, resuelve con la contundencia y la eficacia de un jugador de *Grand Slam*.

Por otro lado, *Don del agua* (2010) es una fluida novela breve con elementos del fantástico que entreteje con morosa sabiduría varios cauces argumentales y varios registros discursivos (desde la investigación periodística y el cuaderno de bitácora al estudio antropológico, la novela de enigma, el relato de viajes o las leyendas orales) para desgranar la historia en dos generaciones de una saga maldita. La de los Expósito: un Rabdomante albino en los lindes del enanismo que oficia de padre, como hijo mayor, el Capitán de un inhóspito barco

abandonado a la intemperie de su quimérica persecución, bautizado paradójicamente *Reparo Candoroso* —que también recuerda a otro célebre personaje de Melville, pero mejor no seguir por ahí—, y sobre todo el segundo heredero, Abel Expósito, un tenaz Buzo empecinado en conquistar finalmente el estigma de su linaje. Poco importa, llegado a este punto, si en su caso el don del agua es el arte de la radiestesia, un imposible tesoro sumergido o la apnea definitiva de la respiración subacuática. Lo que cuenta es el estricto método para alcanzarlo. Su riguroso entrenamiento o intransigente camino hacia una suerte de líquida santidad. Otro mérito de Goransky es la elaborada estructura formal escogida para desembocar en un cauce único de flujo argumental: dada la naturaleza de las historias que componen *Don del agua*, el riesgo de que se escurrieran diluidas entre los dedos del lector era alto.

La presente edición en un solo volumen de estas dos obras de apariencia antitéticas (originalmente publicadas en Argentina en las fechas referidas) es un acierto, decíamos, porque juntas dialogan soterradamente, revelando su verdadera sustancia narrativa, idéntica en ambos casos más allá de sus evidentes diferencias formales. Así como "los impecables" que la protagonizan, Manuel y Buzo, quienes comparten algo más que un aire de familia.

Del latín *impeccabilis*, el vocablo designa etimológicamente a la persona o cosa exenta de tacha, al incapaz de pecar, sin posibilidad de falta u error. Y eso son en esencia estos dos antihéroes inmaculados en su obsesiva

carrera hacia la pureza de la perfección. Un premio imposible, siempre postergado, que ambos persiguen con el estricto cumplimiento de normas y reglas escritas. Y esto no es azaroso. El "Código universal del buen Ball boy" en un caso y el "Manual de Buzo" en el otro.

Al llegar aquí cabría preguntarse si esta neurótica obsesión tiene algún objeto en la vida real, más allá de la letra de molde. En la ficción está claro que es la condena de ambos personajes. O la particular variante de su propia autodestrucción. Y lo único impecable entre las solapas de este libro, en definitiva, es la prosa sin tacha de la autora.

Quizá sea arriesgado, tantos años después de que Roland Barthes planteara aquello de *La muerte del autor*, el sutil desplazamiento que supone interrogarse por el origen de esta curiosa obstinación que atraviesa a los protagonistas de ambas historias, pero igualmente es lícito hacerlo. Los mismos relatos dan una respuesta: proponen a su vez textos escritos, ya sean normativas, códigos o manuales, como la única actualización posible de esa irreprochable perfección ansiada. Cosa que desplaza a la inmaculada pureza de lo impecable hacia la escritura.

Sospecho que el mismo impulso estéril que empuja a ambos protagonistas a su perdición es el que gobierna la fértil escritura de Tatiana Goransky, como si de una suerte de maníaca discípula de Flaubert y su *mot juste* se tratara, en pleno siglo XXI. Apenas conocida en España por la publicación de *¿Quién mató a la cantante de jazz?*, una breve y original novela negra construida sobre

una doble matriz lúdico musical, Goransky también revelaba ahí una faceta íntima de su poliédrica y curiosa personalidad: la de intérprete vocal de dicho género.

Ahora la escritora argentina revela otra, a su pesar. O tal vez sean sus creaciones de papel quienes lo hacen por ella, a traición: el obsesivo afán de perfección con el que ataca el folio en blanco. Una neurosis que se hace evidente sobre la impecable superficie de su prosa. Algo que dice mucho más de su talento que la apenas disimulada influencia de César Aira en su apego a las distancias cortas, en el libérrimo manejo de todos los recursos técnicos y en sus sorprendentes o hasta disparatados giros narrativos. Porque la neurosis no es necesariamente sinónimo de patología, y neuróticos lo somos todos. Incluso el citado escritor de culto. Y a fin de cuentas la obsesión, en ciertas manos privilegiadas, también produce belleza.

Diego Gándara
Barcelona, mayo de 2016

Ball boy
Tragedia en polvo de ladrillo

Los *ball boys*/*girls* están divididos entre bases y *nets*. Los cuatro bases se ubican en cada rincón de la cancha. Su trabajo es retirar las bolas que han sido sacadas de juego. Si el jugador necesita una pelota, el *ball boy* debe mostrarle todas las que tiene en sus manos. Si no tiene ninguna, debe mostrar las manos vacías. Los dos *nets* están agachados al costado de la red; usualmente hay uno de cada lado esperando a que la bola pegue en ella. Cuando la pelota está muerta y el punto técnicamente acabado, el *ball boy* se para de un salto, corre a la cancha, la retira y la lleva a su posición de *home*. Cuando ya es pertinente hacerlo (dícese del momento en el que no interrumpe el partido), el *net* rola la pelota al base más cercano.

Viernes 22 de mayo de 2009

Inicio rápido. Distancia 1,43. Velocidad 4,8. Ritmo 12,3. Tiempo 18,39. Calorías 132. Manuel tiene una mancha debajo de las axilas que da cuenta de que el ejercicio empezó hace más de media hora. Siempre que franquea la media hora despide su primera tirada de transpiración. No hay manera de que sus compañeros no sepan que antes de estar en la cinta Manuel estuvo en la bicicleta.

Los viernes son idénticos a los lunes, martes, miércoles, jueves y domingos. Esos seis días a la semana Manuel llega antes que el resto del grupo y acapara las mejores máquinas del gimnasio, utilizando todas las que andan bien, dan al río y todavía no tienen sudor ajeno. Su cuerpo de veinte años es más estilizado que el del resto, tiene pectorales anchos, una altura poco indicada para su profesión y un aparente atractivo para el sexo opuesto que todavía no es envidiado por sus compañeros de doce. Manuel sabe que un buen *ball boy* tiene que ser tan bajito como un jockey, pero él carga con 1,98 metros, la misma altura que la Torre de Tandil.

Odia a la chica de su izquierda. La chica de la izquierda es la mejor alcanzadora de toallas de todo el club. Todos los tenistas piden por ella. Es linda, simpática, eficiente, nunca deja caer el paño al piso, siempre tiene uno extra y bien seco por si alguien lo precisa y jamás interrumpe los momentos de concentración de los jugadores. Se sabe que ella nunca arruinó un saque. Eso la convierte en muy codiciada. Micaela es muy codiciada

y Manuel la odia por ello, por ello y por sus estúpidos doce años que le auguran una excelente carrera.

Al menos Micaela se lo toma en serio, piensa Manuel cada viernes. Al menos ella cursa la primaria desde su casa, para poder cumplir con los horarios de entrenamiento extra (o eso es lo que él conjetura). Al menos ella elige repasar una y cien veces el *Código universal del buen Ball boy* antes que estudiar en exceso Lengua, Ciencias Sociales, Inglés o Cívica. Al menos ella no es uno de esos púberes acomodados a los que llaman a último momento para robar un partido donde no hubo previo ensayo. Micaela se lo toma muy en serio.

Manuel sube la velocidad a 6,5 y empieza a trotar. El río está iluminado por la luz gaseosa de la mañana, en el cielo ve dos garzas luchando por el primer puesto en la ruta, y a su espalda escucha las instrucciones de Danny: «suden como se suda en un partido», «manténganse atentos como si la pelota los estuviera controlando», «visualicen la red, las dos raquetas, el ruido de una bolea precisa, piensen tenis, piensen tenis». Siempre lo mismo. Manuel lo escucha con atención. Nunca se sabe qué día va a dar la alineación para el ATP World Tour 250 Buenos Aires 2010. Faltan más de ocho meses, pero en el Club Roque y San Isidro Tenis esto se toma muy en serio.

Todos los viernes a la noche desde hace dos meses y medio, Manuel sueña con Federer. Federer va 5-3 arriba, 40-30 en el último set de la final del Roland Garros. Manuel le alcanza una pelota para el saque. Federer sirve a la derecha con *slice*, el saque es afortunado. *Ace*.

Federer festeja tirándose al suelo y besando el polvo de ladrillo. Pero, antes de arrojar las muñequeras al público y firmar la cámara de ESPN, se acerca a Manuel y con agradecimiento espontáneo le regala su raqueta: una perfecta Wilson que desde ese día se transformará en un ítem de colección. Por ganar el Roland Garros Federer se convierte en el sexto tenista de la historia en haber ganado los cuatro Grand Slam, y desde ese partido en adelante siempre pide por Manuel. Manuel es su única cábala.

El olor favorito de Manuel es el del ladrillo, que arrastra en sus prolijas zapatillas blancas cuando vuelve de entrenar. Nunca quiso ser tenista. «Tenista puede ser cualquiera pero para ser el mejor *ball boy* hay que dejar el ego de lado y convertirse en un ser invisible e impecable», ésas son sus máximas.

El Club Roque y San Isidro Tenis no está ubicado en San Isidro, sino en el límite entre Martínez y Acassuso. En 1990, luego de una severa inundación que le costó la destrucción total de sus canchas, el Club mudó su sede del bajo San Isidro al bajo Martínez. Aunque las dos locaciones lindan con el río, la nueva zona está mejor preparada para lidiar con las crecidas que, se estima, sólo empeorarán con el pasar de los años. La gerencia del Roque decidió no cambiar el nombre del establecimiento para retener la lealtad de sus socios, sobre todo de aquellos miembros originarios de 1969, el año de su fundación. Y aunque para los nuevos miembros resulta un tanto confuso, el Club Roque y San Isidro Tenis lleva su nombre con total inmodestia.

Ser *ball boy* es tener un *timing* perfecto. Ser *ball boy* es todo, dice cien veces seguidas el archivo de audio que Manuel se grabó para escuchar cada mañana en el tren. Desde que sale de su casa hasta que llega al Club, Manuel tiene exactamente una hora y veinticinco minutos de viaje. Para cumplir con el riguroso entrenamiento de seis días a la semana Manuel debe bajarse en la estación de tren de Martínez y caminar por la avenida Alvear, hasta cruzar la avenida Libertador y finalmente encontrarse con el camino del Tren de la Costa. Allí, a tan sólo dos cuadras, se yergue la imponente fachada, con sus letras en plata y su enorme raqueta de hormigón. Manuel ya estuvo veinte minutos en la bicicleta, media hora en la cinta y ahora le toca la secuencia de abdominales. Después, a la pista a practicar su salida. Lo más importante es la aceleración. Si no hay una buena aceleración, se pierde mucho tiempo recogiendo las pelotas, y eso puede arruinar el ritmo del partido, convirtiéndolo en un espectáculo tedioso.

El Club Roque y San Isidro Tenis está recién pintado y las paredes relumbran como frontones predispuestos. Manuel echa una última ojeada a su izquierda. Micaela entrena con paciencia y disciplina, una razón más para odiarla. ¿Será hoy el día en el que Danny otorgue las posiciones? Manuel ambiciona *base* y titularidad para cuartos, semis y finales. Pasa un kayak con dos tenistas remando concentrados. Pasa el jefe de Danny con un iPod sonando a todo volumen. Parece ser el relato radial de la Copa Mundial por Equipos que se disputa en Dusseldorf. Manuel intenta sonreírle al jefe de su

jefe, pero no le sale. En lugar de eso le brota una mueca horrenda, que expresa algo similar al asco o la burla. El jefe de su jefe lo mira abiertamente mal y hace un gesto con la cabeza; un gesto que Manuel decodifica sin problema: «Nunca vas a ser titular». Manuel traga saliva y rechina los dientes.

Manuel come una barra proteica y está listo para correr los cinco kilómetros, cuando de pronto se convoca a todos a una reunión fuera de programa. Manuel se ofusca. Tenía planeado agregarle a su rutina diaria una hora extra de tenis, y volver a su casa para repasar los partidos del Roland Garros del año anterior antes de que sea la hora de cocinar para su abuela. Su abuela siempre quiere cenar a las 20:30 en punto y Manuel sabe que es mejor complacerla que soportar sus cóleras. Los partidos del Roland Garros del 2008 son extremadamente importantes para estar listo para el veinticuatro de mayo. Manuel ya tiene planeado todo el domingo veinticuatro de mayo desde hace meses. El día del arranque del Roland Garros es su día preferido del año. Esta vez incluso alquiló una garita con tele a cuatro cuadras del Club para no perderse ningún partido, ya que el televisor del Roque, ubicado en el gimnasio, nunca está sintonizado en canales deportivos para no desconcentrar a los que entrenan. El guardia de seguridad le cobró una pequeña fortuna. Manuel tenía disponible la plata gracias a la indemnización recibida en el 2007, luego de que un socio le propinara un pelotazo en el oído izquierdo.

Danny se rasca los huevos y anuncia por el megáfono que quiere a todos sentados, callados y con las piernas cruzadas en menos de un minuto. El grupo de veinte *ball boys* se mueve en bandada y está listo en una extensa fila india. Todos guardan silencio. Manuel está nervioso. ¿Habrán elegido ya a los titulares del ATP? Danny se rasca de nuevo los huevos. «Tengo noticias importantes para todos.» Manuel traga saliva y hace un asqueroso ruido involuntario que llama la atención de sus compañeros. «El Club decidió que este año, autorización de sus padres mediante, vamos a mandar al mejor de ustedes a participar de la final del Roland Garros, que se llevará a cabo el domingo siete de junio. Ya está arreglado con la ITF, y nos confirmaron que el que vaya podrá actuar de primer suplente en el partido definitorio del Grand Slam.»

Todos guardan silencio. Algunos de los chicos de doce años nunca han viajado en colectivo ni tren, mucho menos pueden imaginarse en un avión rumbo a París. Manuel empieza a toser y no puede detenerse; un tic nervioso que tiene desde pequeño y que siempre lo deja mal parado. Sus diecinueve compañeros ya lo conocen, pero igual lo miran de mala gana. Allí ninguno usa su verdadero nombre. Gracias a Danny todos tienen sobrenombres simplificadores: se llaman según sus barrios. San Fernando, Florida, Chacarita, Olivos, La Lucila, Santa Rita, San Telmo, Acassuso, Villa Crespo, Paternal, Liniers, Caballito, Once, Almagro, Colegiales, Martínez y San Isidro 1, San Isidro 2, San Isidro 3 y San Isidro 4. Manuel es San Telmo. Micaela es Acassuso,

pero antes era La Lucila 2. Y el resto, con los años van cambiando. A veces, por uno o dos meses, hasta que todos se acostumbran a una mudanza, hay por ejemplo «ex Lanús», «ex Flores», «ex Balvanera» y otros exes por el estilo, componiendo así un complicadísimo cuadro de posiciones barriales que enervan a todos menos a su propio autor. Danny nunca se equivoca al nombrarlos. Se rasca los huevos (nadie sabe si por cábala tenística, necesidad o costumbre) y los llama sin dudar.

El anuncio sigue flotando en el aire como una fatídica bombita de olor.

Nadie se anima a hablar, pero está claro que Manuel tiene algún tipo de objeción. Levanta la mano y, cuando se le cede la palabra, anuncia que a él le parece que merecería ser el elegido, «por antigüedad y habilidades». Danny niega con la cabeza, «acá no existe el favoritismo, los próximos días todos van a someterse a duras pruebas, y al final de eso veremos quién va a viajar… con previo consentimiento de sus padres, claro».

Manuel se siente mortificado por haberse expuesto y empieza a toser de nuevo. Prolongada pausa. «Eso es todo», dice Danny, «ahora vuelvan a sus rutinas, y no se olviden de repasar el *Código del buen Ball boy*, que también va a haber un escrito, pero ojo ¡no descuiden sus estudios que sus padres me matan!». «Primero las Matemáticas y después el Tenis», corean todos menos Manuel. Esa frase especial para niños de primaria es utilizada en el Roque desde que en 1998 fundaron la Escuela del *ball boy* a la que Manuel recién entró a los diecisiete años como toda una excepción. La regla

interna es que se entra con once o doce y se ejerce hasta los diecisiete.

Manuel ingresó al San Isidro gracias a las referencias del Lawn Tennis Club, que le otorgó su apoyo luego de intentar, por todos los medios, entrenarlo como tenista. El chico, ayudado por una beca del club donde jugaba desde los siete años, se negaba una y mil veces a competir arguyendo que lo que a él realmente le interesaba era ser *ball boy*. Finalmente, en el 2006, a la edad de diecisiete, fue recomendado para entrar en la Escuela luego de haber abandonado la cancha durante una final de dobles para menores en Shangai. Ese *acting out* estaba dedicado a su entrenador y a su preparador físico, que agotados por la obstinación del adolescente, lo liberaron y consiguieron que el Club Roque y San Isidro Tenis lo aceptase entre sus estudiantes.

Manuel resopla indignado. El pasado catorce de mayo a las 15:00 horas, en el partido del ATP Madrid entre Mónaco y Verdasco, pudo ver que en lugar de *ball boys* había modelos adolescentes con vestiditos cortos auspiciados por *L'Oréal*. Manuel trata de borrar esa horrible imagen de su cabeza. «No hablarle a los jugadores, estar concentrado, no moverse, tener las manos siempre detrás de la espalda», repite una y otra vez mientras corre los cinco kilómetros. Verdasco ganó. No le cae bien Verdasco. Piensa en Federer, suspira. Se detiene en seco, tose diez veces seguidas y escupe flema a la vera del río. Él tiene que ser el que vaya a París. Nadie lo merece tanto.

JUAN BAUTISTA DURÁN

Convivir con el genio

Editorial Comba

ROSA CHACEL
ANA MARÍA MOIX

De mar a mar

EDICIÓN DE ANA RODRÍGUEZ FISCHER

Editorial Comba

ESMERALDA BERBEL

Detrás y delante de los puentes

Editorial Comba

MATÍAS CORREA

Geografía de lo inútil

Editorial Comba

ROSA CHACEL

La sinrazón

Editorial Comba

TATIANA GORANSKY

Los impecables

Editorial Comba

IGNACIO VILADEVALL

Luz de las mariposas

PRÓLOGO DE JUAN BAUTISTA DURÁN

Editorial Comba

ALFONSO REYES

Memorias de cocina y bodega

Editorial Comba

ANDREA JEFTANOVIC

No aceptes caramelos de extraños

Editorial Comba

ENRIQUE LYNCH

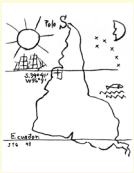
Nubarrones

BREVIARIO INTERMITENTE

Editorial Comba

S. SERRANO PONCELA

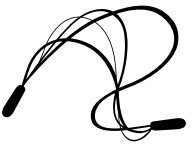
La raya oscura



Editorial Comba

ERNESTO ESCOBAR ULLOA

Salvo el poder

PRÓLOGO DE SANTIAGO RONCAGLIOLO

Editorial Comba